



AL MARGEN DE LA VIDA

AE mansamente, plácidamente la tarde... Una tarde hecha para la evocación y el recuerdo: una tarde de rumores y armonías en el ambiente, de perfumes y de aromas en la tierra, de trasparencia y diafanidad en el cielo, de paz, de calma y de sosiego en todo cuanto me rodea.

A lo largo del sendero por donde camino, que va serpenteando caprichosamente por la alameda de verdor perenne, se yerguen frondosos árboles que prestan al caminante benéfica sombra y dan al ambiente frescura y colorido: trepando por sus añosos troncos, cierran ya sus corolas, guardando amorosamente en su seno el último beso de la brisa vespertina, unas moradas campanillas de pasión. No lejos del camino se desliza murmurando entre la menuda yerba un riachuelo cantarín, a trechos entoldado por arbustos florecidos, en cuyas ramas cantan el amor y la vida, desgranándose en arpegios, pintados pajarillos. Y al fondo del hermoso panorama que mis ojos extasiados contemplan, esmaltando el azul del cielo con tonalidades de púrpura y oro, húndese el sol en lecho de blancas nubes.

Avido de la paz y de la calma, de los encantos que este plácido atardecer me brinda, me he sentado al pie de un árbol, un poco apartado del camino y en una pequeña pradera formada por un remanso del riachuelo. Y allí, arrullado por el murmullo de sus aguas, fijos los ojos en la azulada inmensidad, he dejado volar a sus anchas la fantasía por el mundo de las ilusiones, donde creemos ver brillar la hermosa luz de la ventura... Y con morosa delectación de artista heme complacido en evocar el recuerdo de cosas ídas, algunas, ¡ay! quizás para siempre... y han desfilado ante la imaginación, en confuso tropel, fechas memorables y lugares queridos y visiones fantásticas y escenas celestiales y risueños episodios y mil y mil recuerdos que han ido tegiendo mi existencia, ora con hilos de luz, ora con perfiles de sombras.

Y cuando más abstraído me encontraba en el mundo de las ilusiones, una bellísima realidad, que al pronto juzgué una de tantas visiones evocadas al conjuro del plácido y hermoso atardecer, ha interrumpido de lleno el curso de mi fantástica cabalgata.

Cogidas del brazo, en charla queda y confidencial, con indolencia y abandono que hacían íntimos y atractivos la soledad y el reposo del lugar, han aparecido en el camino, cual surgidas por arte de encantamiento, dos jóvenes en la flor de la vida.

Caminaban perezosamente hacia el lugar en que me encontraba y mi afición de artista ha creído asistir por un momento a un espectáculo ideal de poesía. ¡Digno escenario aquel panorama tan bello, que largo tiempo hacía contemplaba con deleite, de aquellas dos figuras bellas también. Porque vestidas así de blanco, nimbadas de claridad paradisiaca, destacándose airoas de aquel fondo de verdor perenne, parecían simbolizar la inocencia desposada con la esperanza... ¡la inocencia, flor del cielo, y la esperanza flor de la tierra!...

Había además un no sé qué en ellas que hacía más grato y atractivo el contemplarlas. Un poco más aniñada, algo más delgada la una, como una vara de nardo, llevaba impreso en el rostro el sello inconfundible del optimismo juvenil. Un tanto más grave, más señoril, con ademán de princesa desterrada la otra, tenía en sus rasgados ojos el mirar hondo y misterioso de "quien llora sin que el llanto acuda a nublar la pupila"... Llevaba además en su vestido, todo blanco, un lacito negro: detalle nimio, insignificante, pero que me pareció emblemático. ¡Quizá al prenderlo en su vestido quiso prender con él el símbolo de algún dolor que escondido llevaba dentro del pecho!

Me pareció adivinarlo en estas amargas palabras, pero

dichas con dulzura, que dirigía a su amiga, deteniéndose en el camino frente por frente al lugar en el que yo estaba oculto.

.....
—...Y así voy viviendo, amiga mía, llevando en el alma la herida de una ilusión irrealizada, de un deseo no satisfecho, de un ideal que tal vez ya no alcanzaré nunca... pero resignada y hasta optimista en mi tristeza.

—Pero, hija: ¿Por qué así?... Si aun no te has decidido a dar eterno adiós a esa ilusión que crees que no ha de realizarse, si todavía te sonríe y acaricia, y de ese sonreír y de ese acariciar sacas precisamente la resignación y el optimismo en tu tristeza, ¿por qué no pensar que alguna vez, algún día, tal vez no lejano, ha de trocarse en dulcísima y grata realidad, como los truenos y vendavales de la tormenta se truecan, luégo que pasó la nube amenazadora, en suaves suspiros del aura, en alegres armonías del blando céfiro?...

—¡Ojalá fuera como tú dices!... Pero, ¡ay! que cuando amor pasa, ya no vuelve...

—Es que a veces no pasa, cuando creemos que pasa: tan sólo se esconde, se eclipsa, para volver a aparecer después más puro y más brillante. Es así nuestro humano corazón: cuando no quiere ni puede olvidar, es que presente que le alienta alguna esperanza. Y aunque siempre no sea más que esperanza, es lo mismo. El Señor hace que descienda sobre los corazones afligidos como un bálsamo benéfico...

Y ya no he podido escuchar más, porque al llegar a este punto han callado las dos y han reanudado su marcha lo mismo que antes, pausadamente, perezosamente.

No obstante, en el semblante de la de porte señoril y además de princesa desterrada había algo que se acercaba al juvenil optimismo de su compañera. Tal vez se lo había contagiado ella con eso que no se llama aún con nombre propio, pero que es atracción que ejercen unas almas sobre otras.

Yo me he quedado pensativo, formando conjeturas sobre las palabras de la una y de la otra, cuyos ecos resonaban insistentes en mis oídos... ¡Me hubiera gustado tanto descender a los senos misteriosos de esa alma dolorida!...

Y sin querer, al verlas alejarse, me he acordado y he querido dirigirlas a ellas unas palabras consoladoras de una delicadísima poetisa. "Mujer, la hora de la pena, la hora triste llega siempre a las almas y se siente entonces un dolor tan hondo que parece fuera a suspender la vida entera... Se piensa en esos momentos cómo es posible que hiera así el dolor, cómo es posible que de todo el bien que sembramos se coseche esa angustia, que como una garra se clava en el pobre corazón sufriente. Es que el dolor es un tributo que pagamos a la vida y ni tú, ni nadie, se librará de su zarpazo. Sé fuerte, mujer, y en esa hora aciaga, con ternura santa, amortaja la desilusión o el desengaño con la túnica del olvido, mientras serenamente aguardas nazca en tu corazón el consuelo y la esperanza".

.....
.....
¿Te habrá llegado a tí también la hora de la pena, la hora triste?... Pues sé fuerte. No importa que el dolor te arranque algunas lágrimas. Mejor aún... el llanto es un consuelo: las lágrimas son bellas y son útiles. ¡Lo saben muy bien los que agobiados bajo el peso del dolor... no pueden llorar! ¡No poder llorar! Qué tristeza tan triste!...

Llora, pues, cuantas veces reclame el llanto tu dolor, pero sonríete también en la noche de tu tribulación esa lucecita cristiana y bendecible de la esperanza, de la verdad religiosa, de la resignación, que tiene una corona de venturas sin término en la vida sin fin del más allá.

EL PEREGRINO.